

Lorenzo Ochoa

"El Tortuguero: reflexiones en torno a la historia de una ciudad maya de Tabasconarrada en sus inscripciones", Mexico 2006 : [recenzja]

Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos nr 8, 293-301

2008

Artykuł został opracowany do udostępnienia w internecie przez Muzeum Historii Polski w ramach prac podejmowanych na rzecz zapewnienia otwartego, powszechnego i trwałego dostępu do polskiego dorobku naukowego i kulturalnego. Artykuł jest umieszczony w kolekcji cyfrowej bazhum.muzhp.pl, gromadzącej zawartość polskich czasopism humanistycznych i społecznych.

Tekst jest udostępniony do wykorzystania w ramach dozwolonego użytku.

PUNTO DE VISTA

El Tortuguero: reflexiones en torno a la historia de una ciudad maya de Tabasco narrada en sus inscripciones. Acerca del libro de Alfonso Arellano Hernández, *TORTUGUERO: UNA HISTORIA RESCATADA* (México, IIH-UNAM [Centro de Estudios Mayas], 2006, 276 pp.)¹

Al buscar un remanso para aliviar la cotidiana psicosis que se padece en nuestra cada vez más pequeña aldea global, encuentro que una catarsis es hacer un espectacular viaje al pasado. Y qué mejor forma de lograrlo que una lectura acerca de la historia de una pequeña urbe construida por los mayas antiguos y narrada en sus propios monumentos.

No cabe duda de que frente al incierto presente y desesperanzado futuro, fincados en las mil y una noticias de carácter social, político, económico y más de una nota roja, que nos golpean despiadadamente en los tiempos actuales, el mejor escape es viajar a otros tiempos, a otros mundos que se piensan alejados y distintos al nuestro. Pues ahí están esas desconocidas historias, escondidas entre las ruinas de tantas ciudades antiguas, conocidas unas, ignoradas otras, pero que poco a poco van revelando los secretos guardados en sus inscripciones.

Lecturas que al punto, unos cuantos años atrás, era imposible recrearlas, aun cuando ahora no pocas veces la imaginación ha sido rebasada por la fantasía.

Henri Berlin (1958) o Tatiana Prouskouriakoff (1961) jamás pudieron llegar a imaginar que con sus avances en el campo de la epigrafía se podría llegar a conocer las historias bélicas o de compromisos políticos que vivieron los antiguos mayas. En éstas, ahora los epigrafistas pueden “leer” (o interpretar) que las ambiciones por el poder, las visitas reales, las alianzas por intereses políticos, las intrigas palaciegas y las traiciones no siempre se resolvieron de la mejor manera, y terminaron no pocas veces en verdaderas tragedias. Al respecto, no sin cierta exageración, dice Arellano Hernández: “Hoy los avances son tales que caben pocas dudas sobre el contenido, la gramática y otros recursos utilizados por los mayas en las miles de inscripciones que han sobrevivido hasta nuestros días” (Ullman *apud* Langagne 2006: 9)².

¹ Este texto que doy a publicar, se basa en uno que leí para presentar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (agosto de 2007), el volumen de Alfonso Arellano Hernández, *Tortuguero: una historia rescatada* (2006). Lo doy a publicar porque, a pesar de su importancia, el libro de Arellano Hernández ha tenido poca difusión.

² Como lo discutí con Patricia Martel, y le agradezco que hayamos compartido estas ideas, resulta bastante complicado conocer cuáles pudieron ser los alcances del transvase de una inscripción glífica a un idioma moderno, toda vez que primero se debe “identificar” un glifo que, de manera convenida, se inter-

Y si bien esas historias parecían tan alejadas de la imaginación, mucho menos se pensó que se podía llegar a conocer el nombre del autor o de los autores de las obras que dan cuenta de esos hechos. Y, sin embargo, ahí están. Llega a mi memoria una charla que el propio Alfonso Arellano dio en el Colegio Nacional. En esa ocasión “leyó”, sin mayor dubitación, el nombre de uno de los pintores de los murales de Bonampak. Ahora, se “sabe” (o “¿se cree”?), que no sólo los pintores autografiaban sus obras, sino que también lo hacían escultores y ceramistas. Y aunque sólo se trata del conocimiento de la vida cotidiana de las élites mayas, finalmente quedó muy atrás el frío dato del registro de números y fechas calendáricas plasmados en la piedra, el barro, el estuco, el hueso o la concha, que han cambiado a “narraciones” plenas de vitalidad. De esta manera, como en cualquier otra, la historia de los mayas es una más, en la cual intervinieron personajes de carne y hueso que vivían grandes dramas terrenales, a veces con tintes novelescos, como ocurre en las narraciones de las historias de caballería y, más aún, también pueden aparecer dioses y seres fantásticos entremezclados con visiones cosmogónicas.

Pero, ¿por qué este largo preámbulo? Sencillamente, porque con frecuencia se desconoce que antes de que se le de credibilidad y considere concluida una investigación para poder ser entregada a la imprenta, un investigador debe recorrer un largo camino de búsquedas, tropiezos y más de una equivocación que le obligará a reconsiderar algunas ideas. Y aún, después de ello, debe esperar la aprobación de un desconocido lector que en un lapso perentorio entregará el dictamen acerca de la suerte que correrá tal investigación. Así, éste, como otros volúmenes, tuvo que recorrer un camino semejante. Hago un poco de historia.

Hace algún tiempo (2002), recibí la invitación para que, previa lectura crítica, emitiera un “dictamen” razonado acerca del texto *Tortuguero: una historia rescatada* cuyo autor, entonces, me era desconocido. La finalidad, determinar si se trataba de una obra de investigación original, realizada de manera seria y profesional, en cuyo caso podría o no ser publicada. Acepté, no sólo por tratarse de una investigación relativa a una pequeña pero importante urbe prehispánica con excepcionales monumentos con inscripciones, enclavada a la entrada de la Región de la Sierra del estado de Tabasco, sino porque prácticamente había desaparecido sin que nadie hiciera nada por evitarlo, y era bastante poco lo que se conocía de su historia.

Intentaré entresacar algunas notas de lo que escribí al término de mi lectura, toda vez que no es una transcripción textual: “me es grato informar a usted que, finalmente,

preta en un contexto. De esta suerte, con el fin de conocer su significado, se traslada a un idioma maya que se glosa al español, inglés o a otro idioma. Pero, finalmente, la “lectura” de una inscripción ¿es una traducción? o ¿es la “interpretación” de ésta cuyos glifos son símbolos convencionales? Veamos la traducción desde la perspectiva lingüística de la cual, dice S. Ullman: “todo idioma contiene palabras que son arbitrarias y opacas, sin ninguna conexión entre el sonido y el sentido, y otras que son al menos en cierto grado motivadas y transparentes”. Y “La motivación puede radicar o bien en los sonidos mismos, o bien en la estructura morfológica de la palabra, o bien en su fondo semántico. Cada una de estas posibilidades suscita problemas diferentes y han de ser consideradas por tanto separadamente”. Y ¿qué otro sentido tienen los textos maya coloniales, si no uno ya esotérico, ya metafórico? Por lo tanto, dado el carácter polisémico que tienen las palabras, al igual que los glifos, su “interpretación” depende de su contexto (*apud* Langagne 2006). Esto es muy importante, porque de otra manera dicha interpretación puede resultar bastante ajena a la realidad.

puedo dar a conocer, más que un dictamen, una opinión acerca del texto *Tortuguero: una historia rescatada*. Dado que esta opinión tiene como propósito ponderar la factibilidad de proponerlo para su posible publicación, puedo adelantar que considero que se trata una investigación seria, profesionalmente trabajada, escrita con claridad y, lo más importante, con aportaciones sustanciales de primera mano”. Pero, también agregué, “señalo las faltas, siempre menores, que no restan méritos a los aciertos”. Antes de dar paso a los comentarios que hice, anoté: “ofrezco mis más encarecidas disculpas por el retraso de mi trabajo ya que, como aclaré oportunamente, antes de aceptar el compromiso, me sería imposible hacerlo antes del mes de abril”. Y terminé diciendo: “Desde mi punto de vista este texto, con las consideraciones que anoto al margen de algunas páginas (mala costumbre mía), y la omisión de no discutir por qué el autor utiliza un idioma y no otro para su lectura glífica, debe ser publicado sin dilación... Sin otro particular, esperando que sea de alguna utilidad esta opinión...”

La fecha en que escribí lo anterior, me hace ver que ha transcurrido algún tiempo para tener la oportunidad de dar a conocer este volumen. Sin duda, el camino que recorrió antes de su publicación³ estuvo lleno de peripecias que desconozco y no son, por supuesto, una explicación al porqué de la demora con que aparece. Lo que sí sé es que se trata de un volumen al cual, sin mayores objeciones, le atribuyo una sólida riqueza informativa, relevante desde cualquier punto de vista. Doy paso a mis comentarios.

El párrafo relativo a las lenguas utilizadas para las “lecturas” epigráficas, me da pie para iniciarlos. El asunto en cuestión es el siguiente: desde hace algunos años, primero Otto Schumann, con base en datos lingüísticos y etnográficos, y más tarde Lorenzo Ochoa y Ernesto Vargas, a partir de la interpretación arqueológica, el análisis de las fuentes históricas y los datos de Schumann, contrario a lo expuesto por J. E. S. Thompson quien dijo que en esta región, incluido Palenque, se hablaba chol (1938: 584), propusieron la tesis en la cual asentaron que durante el período Clásico maya (ca. 250 a 850 d.C.) se habló chontal. Llama la atención que Arellano Hernández no discuta el punto y simplemente anote que: “para las lecturas glíficas y su traducción acudí tanto al chontal⁴ como al ch’ol y al yucateco, si bien utilicé de forma especial este último idioma por medio del *Diccionario maya Cordemex*” (81). En modo alguno planteo que sea éste, o no, el camino correcto, pero dada la existencia de dos tesis acerca del particular, me parece que debió señalar y fundamentar su punto de vista. Puede o no ser importante para el autor, pero quizá sí para la interpretación⁵.

En alguna ocasión, sin ser original, escribí que en el quehacer del historiador se conjugan varios ingredientes básicos: conocimiento, olfato e intuición para rastrear la información, seguir pistas, encontrar el dato preciso. El primero para aprender a saber cómo y dónde buscar; el olfato para encontrar ese pequeño, aparentemente insignificante, pero invaluable dato perdido entre mil más de los que parece desprendido, inco-

³ El volumen tiene fecha de aparición 2006 y llegó a mis manos en junio de 2007.

⁴ El autor no aclara cómo utilizó este idioma.

⁵ No obstante estos planteamientos no le eran desconocidos, toda vez que en la p. 35 anotó: “Un dato más a favor de la importancia del chontal de Tabasco se encuentra en que los ch’oles pagan rezadores chontales de Benito Juárez (Tabasco) para hacer más efectivas y deferentes las súplicas al Cristo Negro de Tila (Chiapas)”. Y debo agregar que le rezan en chontal porque en sus creencias dicen que ese Cristo no entiende el chol.

nexo. Y un sexto sentido, intuición dicen algunos, que se adquiere a base de disciplina, de buscar, hurgar, revisar, leer, y releer, cientos, a veces miles de documentos sobre los cuales han pasado ya otros ojos y, sin embargo, fue dejado de lado esperando la llegada de quien se pudiera servir de él para construir los cimientos sobre los cuales habrá de levantarse el edificio de la historia (Ochoa, Sugiura y Serra 1989: 298-299). Un trabajo pocas veces reconocido.

El conocimiento de la epigrafía maya y el amplio espectro informativo de diversa índole que maneja Alfonso Arellano Hernández, pocas veces utilizado en trabajos de esta naturaleza, redundan en una contribución de primer orden que rebasa las expectativas esperadas al iniciar la lectura de *Tortuguero: una historia rescatada*, título que responde perfectamente a su contenido. Efectivamente, nuestro autor no sólo hizo una búsqueda exhaustiva de la información relativa al asunto, sino que incursionó en otros campos, con lo cual consiguió dar mayor unidad al volumen. Desde imaginar la posible distribución espacial de los edificios a partir de planos realizados por otros autores con el fin de ubicar algunos de los monumentos, hasta seguir la pista del paradero de unos más. Tampoco olvidó revisar documentos de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX que tuvieran algo que ver con la región, aunque tal vez no directamente con El Tortuguero. De igual forma, entrevistó a personas que conocían algunos fragmentos de la historia reciente de El Tortuguero, sin dejar a un lado los datos que proporcionan los estudios de la cerámica arqueológica y otros materiales, y aun los que brinda el paisaje. No es raro entonces que sus interpretaciones, resultado de sus planteamientos hipotéticos, conduzcan al lector casi de la mano y con sencillez a lo largo de todo el texto, hasta ponerlo frente al mundo de las inscripciones que dejaron grabadas en los monumentos los habitantes de El Tortuguero.

De esta suerte, parafraseando a Ignacio Bernal (1952), puedo decir que Alfonso Arellano Hernández interrogó las inscripciones de El Tortuguero y, paso a paso, alcanzó sus objetivos a partir de su sentido crítico. Sólo así le fue posible escribir una especie de historia detectivesca en la cual el lector puede seguir la trama desde el primero hasta el último de los capítulos. Sin duda, una obra producida después de largas reflexiones y confrontaciones que hizo entre sus tesis y las de otros autores; ya para confirmarlas, ya para desecharlas. El propósito: ofrecer nuevas opciones para la interpretación de un fragmento de la historia registrada por los maya-chontales de esa pequeña ciudad enclavada entre las llanuras costeras y las primeras estribaciones de la sierra tabasqueña.

Aun cuando puede parecer obvio que “ninguna historia está hecha de una vez para siempre”, como acotara Justino Fernández (1993: 12), no deja de ser cierto que las nuevas interpretaciones sólo serán posibles si se confrontan con otras evidencias que ayuden a “confirmar o rechazar ideas anteriores”. Por lo tanto, para desechar y poder reclamar el derecho que tiene todo científico social, si es que así fuera posible nombrar a quienes practican la investigación epigráfica, hoy, como nunca, expuso Justino Fernández, se debe exigir que para plantear o exhibir nuevas hipótesis, sea obligatorio mostrar y dar a conocer las evidencias que permitan llegar a desarrollarlas (Fernández 1993: 12). De no ser así, ¿cómo sería posible rechazar o confirmar ideas anteriores? Pero, en este sentido, el investigador también tiene el derecho y la obligación de exponer sus dudas y aun el rechazo de aquellas ideas que no cuenten con la solidez que llevaron a plantearlas.

Todo ello es una condición *sine qua non*, con la consecuente amenaza de que sean tomadas por otros investigadores con exceso de confianza y de manera acrítica, como si se tratara de un axioma.

Desde cualquier punto de vista, puedo asumir que ésta es una investigación bien estructurada. Un texto en el cual Arellano Hernández delimitó, en forma por demás clara, los problemas de su interés, dando a conocer la metodología que utilizó para alcanzar sus propósitos. Con mesura pero con bastante rigor empleó su aparato crítico, el mismo que le permitió generar, con los objetivos que exhibe a lo largo del volumen, algunas respuestas relativas a la problemática del sitio y sus monumentos, las cuales, finalmente, le condujeron a escribir sus conclusiones. No debo dejar de mencionar que los cuadros, planos, dibujos “reconstructivos” del sitio y todas las ilustraciones relativas a las inscripciones, otorgan mayor solidez y objetividad a la investigación hecha por Arellano Hernández.

Considero que salvo algunas observaciones menores, y otras de mayor contenido, pero fáciles de salvar, es un texto escrito no sólo para especialistas en el área maya, sino para quien se interese en estos asuntos. La claridad con que maneja el lenguaje le permite ofrecer respuestas bien razonadas a sus planteamientos iniciales. No voy a repetir aquí todos los supuestos que discute al autor. Juzgo suficiente acotar la hipótesis relativa a las relaciones entre Tortuguero y Palenque. Éstas, aunque habían sido planteadas más empíricamente que con sólidos fundamentos, encuentran ahora una base que las sustenta: la “interpretación” de las inscripciones. Como resultado, levanta la hipótesis de los estrechos nexos familiares que se dieron entre ambas ciudades. Veamos: El Señor *Ahpo Bahlum* de El Tortuguero (612-679 d.C.), utilizaba entre otros títulos, el de *Ch'ul ahau Sakbak* o “sagrado señor del linaje de la Garza” (220) y se ostentaba como descendiente de la familia real palencana. Por lo menos el reinado de este *ahau* coincide con la época en que El Tortuguero mantuvo nexos con Palenque (ibídem).

Pero cuidado, porque hay otras “lecturas” en las cuales, con base en algunas inscripciones, se da cuenta de las relaciones que hubo entre El Tortuguero y Comalcalco. Sin embargo, es posible que cuando Alfonso Arellano Hernández escribió la versión final de su investigación se desconocieran los resultados de las exploraciones conducidas por Ricardo Armijo en Comalcalco.

Si me atengo a lo anterior, nuestro autor no tuvo por qué saber que de acuerdo con las “lecturas interpretativas” hechas a partir de las inscripciones de Comalcalco, supuestamente esta urbe sostuvo encuentros bélicos contra El Tortuguero. Especialmente debo referirme al que tuvo lugar en diciembre del año 649, cuando *Balam Ahau*, gobernante de Tortuguero, capturó a *Ox Balam*, Señor de Comalcalco, quien fue sacrificado, quedando la ciudad rendida frente a los vencedores. Más aún, se supone que, por su rango, los restos de *Ox Balam* fueron devueltos a su ciudad de origen. Personajes y sucesos que, por supuesto, no tenía por qué mencionar Arellano Hernández en su historia. Incluso, me atrevo a suponer que es posible que aun cuando los hubiera conocido, no habría estado de acuerdo con las aproximaciones a tales acontecimientos de carácter histórico, toda vez que, en apariencia, no encontró en las inscripciones de El Tortuguero referencia alguna que ligara ambas urbes. Al respecto, debo destacar cómo se jactaban los *ahauob*, o gobernantes, cuando capturaban un personaje importante en una guerra y, por su-

puesto, así lo registraban en sus historias. Y *Ahpo Bahlum* no es la excepción, pero entre los prisioneros que capturó no hay ninguno de estirpe relevante que se pueda identificar como originario de Comalcalco:

...entre los prisioneros de Ahpo Bahlum no se contaron grandes *ahauob*, pues se habrían mencionado los emblemas respectivos. Es posible, pues, que se tratara de *ahpoob* de ciudades vecinas entre el Puxcatán y el Tulijá. Debo agregar que todavía no se encuentran inscripciones que ayuden a afinar esta situación, de manera que la epigrafía no puede resolverla de manera satisfactoria. (225)

Sigo adelante. Las inscripciones de Comalcalco “interpretadas” por Marc Uwe Zender (Armijo, Gallegos y Zender 2000: 317) están grabadas en objetos de hueso, concha y espinas de mantarraya. Forman parte de unas ofrendas encontradas por Ricardo Armijo en 1998 en los templos de la Plaza Norte de la ciudad de Comalcalco, que recuperó junto a los restos mortuorios de *Ox Balam*.

Al respecto, uno se puede preguntar ¿cómo es posible que el grupo vencedor no haya registrado en sus monumentos tan contundente victoria y, por el contrario, los derrotados guerreros de Comalcalco exaltaran el sacrificio y muerte de su gobernante a través de unas suntuosas exequias?

La duda persistirá mientras no se aclare esta evidente contradicción. Y es necesario resolver la duda porque Simon Martin y Nikolai Grube (2002: 236), supongo que apoyándose en Zender, se refieren a las guerras entre El Tortuguero y Comalcalco de la siguiente manera:

Los reyes de Palenque no fueron los únicos que proclamaron ser ‘Señores divinos’ de B’aakal. Unos 61 km. al oeste está el pequeño centro de Tortuguero, cuyos gobernantes ostentaban el mismo título. Sabemos poco de su dinastía, excepto que fue un gobernante particularmente prolífico, un contemporáneo de K’inich Janaab’ Pakal, llamado B’alam Ajaw (Señor Jaguar, 644-679 d.C.). Un guerrero vigoroso, B’alaam Ajaw conquistó el reino occidental de Comalcalco en 649... Es inusual que B’alaam Ajaw haya reemplazado el emblema original de Comalcalco, dando el nombre de B’aakal a toda la región occidental... Es posible que el reclamo de Tortuguero por un poder independiente haya surgido como consecuencia de la gran crisis que acompañó a Palenque con una serie de fracasos militares. Es significativo que cuando Tortuguero evoca su pasado, hace referencia a un Señor llamado Ahkal K’uk’ (Tortuga Quetzal), de la época de Ahkal Mo’ Naab I, el mismo gobernante que encabeza todos los dictados dinásticos de K’inich Janaab’ Pakal. Esto puede ser signo de que la dinastía de B’aakal se separó en su etapa más temprana, alrededor de 510 d.C.⁶

Discrepancias las hay, explicaciones se esperan para cuando se haga una nueva revisión de esa historia.

En otro orden de ideas, el trabajo de Arellano Hernández cuenta con el respaldo de lo que hasta antes de su investigación se conocía de El Tortuguero, información que

⁶ Mi suposición se basa en que los autores de este volumen citan un trabajo que Marc Uwe Zender leyó en la Universidad de Pennsylvania en 2001: “The Conquest of Comalcalco...” (*apud* Martin y Grube 2002: 236).

analiza y reinterpreta en algunos casos para ofrecer un texto más riguroso y mejor estructurado.

No es mi propósito divulgar los pormenores de esta historia que logró hilar en fino tejido. En verdad, únicamente me interesa exhibir cómo Arellano Hernández logró interpretar una serie de acontecimientos utilizando como vehículo un idioma actual. Y aquí surgen nuevamente mis dudas, ¿acaso se trata de lenguas fosilizadas, suspendidas en el tiempo, resistentes a las injerencias de otros idiomas? ¿Por ventura, esa extraña lengua impuesta por los conquistadores, la Iglesia y la religión, y ahora por la modernidad, no ha causado ninguna transformación en la estructura y léxico de los idiomas indígenas? Estos interrogantes, que no planteo con acritud, me hacen guardar serias reservas acerca de la forma como se dan algunos avances en la epigrafía maya que, como anoté en párrafos anteriores, de acuerdo con Arellano Hernández: “son tales que *caben pocas dudas sobre el contenido, la gramática...*”⁷.

Más todavía, me pregunto si, en ocasiones, no se actúa con demasiada ligereza al hacer la lectura de estas expresiones glíficas que se antojan verdaderos criptogramas. Acaso por ello, cuando ocurre un tropiezo en el descifre por errónea “lectura”, más que en adelantos es factible pensar en estancamientos, cuando no en retrocesos. A pesar de todo, se puede estar o no de acuerdo con la forma como se leen las inscripciones, con la grafía y aun con la metodología utilizada, lo innegable es que son intentos por avanzar en el conocimiento de la historia de los antiguos mayas. Únicamente es de esperar que cuando los epigrafistas ensayen nuevos caminos metodológicos dejen abierta la posibilidad de que sus planteamientos puedan ser confrontados con distintas ideas que conduzcan a respuestas mejor integradas.

Un par de asuntos más en torno a esta... *historia rescatada*. Por ahí escapan algunas fichas bibliográficas que si bien no afectan el contenido central, son importantes para la etnografía y posterior historia de la región. Asimismo, el autor habla de las inscripciones en monumentos de El Tortuguero, pero cabe la duda, ¿es válido incluir como monumentos una orejera de jade, una caja de madera y una vasija de tecali sin discutirlo previamente? ¿Por qué considerar que estas piezas menores deben ser incluidas como monumentos?

Finalmente, debo anotar que la criptográfica historia inscrita por los propios mayas de la antigüedad no tiene que ser de conocimiento exclusivo de los pocos que se atreven a penetrar en ella. Los avances alcanzados no tienen por qué limitarse a la esfera de los especialistas, sino llegar al lego, desnudos de toda fantasía. La responsabilidad del sabio cuando logra atisbar algo más de esa historia es tener la capacidad de acercarla al profano. No me explico por qué, con frecuencia, el especialista se distancia de éste. Es como el olvido que frecuentemente padecen al dejar fuera de sus objetivos a quienes han marcado el antes y después en cualquier campo del conocimiento. Sin ir más atrás de los cincuenta del pasado siglo, ahí está la contribución debida a Henrich Berlin, al revelar la presencia del *Glifo Emblema* en las inscripciones mayas, sin lo cual, en la década siguiente, Tatiana Proskouriakoff no habría revolucionado el conocimiento al plantear la

⁷ Las cursivas son mías (2006: 19).

existencia de verdaderos textos con pasajes históricos dedicados a los gobernantes de las grandes ciudades (1981).

Lo que siguió es una historia coyuntural, humanizada, no exenta de imaginación, en la cual la “posible identificación e interpretación” de las inscripciones proporciona, aunque sea de manera limitada, una visión de los acontecimientos vividos por sus protagonistas. Parafraseando a Carmen León Cázares, considero que el contenido de esas inscripciones apenas resulta una “interpretación interesada y parcial de la realidad”, una realidad que, con el propósito de lograr entender los acontecimientos con la mayor objetividad posible, el investigador pretende recrear con el apoyo de otras disciplinas, exonerándola de cualquier manipulación. Bienvenidas estas nuevas aportaciones a la historia de una pequeña ciudad prehispánica que, como anotó Arellano Hernández, es casi prácticamente desconocida para la mayor parte de los lugareños.

Por fortuna, el trabajo realizado no quedó únicamente en el terreno de la historia. Nuestro autor quiso ir más allá y, a su oficio de historiador, sumó una visión holística del problema que abordó. Una concepción bastante olvidada por la mayor parte de los historiadores. Por lo mismo, no me arrepiento de haber hecho una segunda lectura de *Tortuguero: una historia rescatada*, ya que me dio la oportunidad de exhibir mis dudas en torno a la interpretación de las inscripciones mayas. Con todo, quiero subrayar que faltó algo más; pero, aclaro, lo escribo tan sólo desde mi particular punto de vista: que un libro debe ser imaginado para un público más amplio que el de los especialistas, sin dejar de pensar en éstos. Y aunque en esta ocasión su autor no tuvo como intención primordial escribir para el gran público, no dudo en recomendar a todos la lectura de esta historia rescatada e interpretada a través de las inscripciones que los antiguos chontales tallaron en piedra y madera en una pequeña ciudad, ahora casi desaparecida por la agresividad de un sistema-mundo al cual no le importa el futuro ni, mucho menos, el pasado: *El Tortuguero*.

Lorenzo Ochoa

BIBLIOGRAFÍA

- ARMIJO, Ricardo (2003) “Comalcalco. La antigua ciudad maya de ladrillo”. *Arqueología Mexicana* (Editorial Raíces). XI (61): 30-37.
- ARMIJO, Ricardo; GALLEGOS, Miriam y ZENDER, Marc Uwe (2000) “Urnas funerarias, textos históricos y ofrendas en Comalcalco”. *Los investigadores de la cultura maya* (Universidad Autónoma de Campeche). 8 (II): 313-323.
- BERLIN, Heinrich (1958) “El Glifo «Emblema» en las inscripciones mayas”. *Journal de la Société des Americanistes* (París). XLVII: 111-119.
- BERNAL, Ignacio (1952) *Introducción a la Arqueología*. México, FCE.
- FERNÁNDEZ, Justino (1993 [1965]) “Prólogo” a *La escultura de Palenque*, de Beatriz de la Fuente. México, El Colegio Nacional: 12.

- LANGAGNE, Eduardo (2006) *Fernando Pessoa 35 sonetos*. México, CONACULTA – INBA.
- OCHOA, Lorenzo; SUGIURA, Yoko y SERRA, Mari Carmen (1989) “Reflexiones en torno a la arqueología mexicana”. En: Lorena Mirambel (coord.) *Homenaje a José Luis Lorenzo*. México, INAH (Serie Prehistoria): 297-310.
- LEÓN CÁZARES, Carmen (1991) “Algunas consideraciones sobre la crítica de fuentes coloniales”. En: *Primeras Jornadas de Etnohistoria. Memorias 1988*, Cuaderno de Trabajo 10. México, ENAH – INAH: 141-151.
- MARTIN, Simon y GRUBE, Nikolai (2002 [2000]) *Crónicas de los reyes y reinas mayas. La primera historia de las dinastías mayas*. México, Editorial Planeta.
- PROSKOURIAKOFF, Tatiana (1981 [1961]) “The Lords of the Maya Realm”. En: John A. Graham (ed.) *Ancient Mesoamerica: Selected Readings*. Palo Alto (California), Peek Publications: 229-238.
- THOMPSON, J. Eric S. (1938) “Sixteenth and Seventeenth Century Reports on the Chol Mayas”. *American Anthropologist* (American Anthropological Association). 40: 584-604.